

D13  
L3

CIVILIZADOR



FONDO ELEGANTERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

# EL CIVILIZADOR,

0

HISTORIA DE LA HUMANIDAD, POR SUS GRANDES HOMBRES.

POR A. LAMARTINE.

## INTRODUCCION.

Hemos intitulado este curso de historia personificada *El Civilizador*, y diremos por qué.

¿Qué es la civilización? La civilización es la atmósfera de un pueblo; es el conjunto de verdades, de facultades, de ideas, de religión, de legislación, de moral y de virtudes en medio de las cuales nacemos y morimos en esta ó la otra época del mundo.

El archivo que contiene los registros de este estado civil, religioso y moral de los pueblos, en los diferentes periodos de su existencia, es la historia. La historia es el mundo escrito, el género humano en relieve evocado de todos los sepulcros, recuperando el alma, la vida, el movimiento, la palabra, ante los hombres nacidos y por nacer, y representando por la instrucción, el estudio y el ejemplo del porvenir, el drama eterno de la humanidad en este gran teatro rodeado de tumbas, cuyo polvo es la misma ceniza del hombre que ha existido antes que nosotros. La historia es ese espectáculo de las cosas humanas á que nos es permitido asistir mentalmente, ora con admiración, aplaudiendo, ora temblando horrorizados, á medida que se presente en escena la virtud ó el vicio, la civilización ó la barbarie, pero siempre sacando algun fruto para nuestro adelantamiento. La historia, en una palabra, es al pueblo lo que la facultad del recuerdo á los individuos, el lazo de unidad y de continuidad entre nuestro ser de ayer, nuestro ser de hoy, nuestra base de toda experiencia y por medio de esta el camino de la completa perfección. Sin la historia, pues, no hay moralización, ni adelantamiento, ni progreso de civilización para un pueblo; con la historia, casi es innecesario algun otro maestro; ella lo sabe todo, lo encierra todo, lo dice todo, y no con palabras fugaces que pasan por el oido sin dejar la menor memoria, sino con hechos palpables y patéticos. Hace de nuestro corazon impresionado fuertemente,

el actor simpático de las escenas pasadas, se escriben en nuestros ojos con nuestras lágrimas, y en nuestro corazon con los movimientos de nuestra vitalidad; nos trasforma, por el entusiasmo ó por la piedad que nos comunica, en la persona de esos héroes, de esos sabios ó de esas victimas que constituyen juntamente con nosotros una sola alma y un solo cuerpo; y como la distancia de los sucesos nos hace mas imparciales y la imparcialidad mas justos, sacamos moralmente mas provecho de la historia que del espectáculo mismo de las cosas presentes. Nada nos induce á alterar nuestra conciencia ante unos seres que ya no existen. Carecemos en ella de un interés personal que nos corrompe, de una popularidad que nos fascine, y contemplamos, sentimos y juzgamos con el desinterés y la infalibilidad de nuestra completa sana razon. La consecuencia de todas nuestras impresiones es el horror al mal y el entusiasmo por el bien. La virtud aumenta y se fortifica en las acciones adelantadas con esas impresiones y conclusiones históricas, pudiéndose decir, sin engañarse, que el pueblo mas versado en historia es el que posee mas virtudes.

He aquí el motivo que nos ha inducido á dar el título de *Civilizador*, á esta serie de narraciones históricas.

Para llevar á cabo el plan altamente filosófico, moral é instructivo que nos proponemos en todas nuestras publicaciones, son necesarias dos cosas esenciales: Primero, reducir de tal manera el precio de las obras, que puedan estar al alcance de las diversas clases de la sociedad, sin que ni aun las mas necesitadas tengan precision de carecer, por decirlo así, de la satisfaccion cotidiana de sus necesidades materiales. Segundo, encerrar en poco volumen la moral, la ciencia, la poesia, la historia, la civilización para el pueblo, á semejanza del viagero que no poseyendo grandes medios, reduce su equipage para no encontrar dificultades en el camino. Es necesario, pues, distribuirle y condensarle sus lec-



turas en pocas horas, de modo que este ó el otro estudio en el cual haya invertido su autor años enteros, á él le ontretenga solo algunos momentos, quizá los únicos de que puede disponer.

Esta es la mira de nuestro trabajo, y empezamos por la historia, porque despues de bien meditado, hemos visto que la historia es de todos los estudios humanos, la que contiene mas enseñanza, mas cosas y mas ideas en el mayor número de hechos; porque la *narración* es la forma mas popular y mas seductora de la persuasión; porque la humanidad entera es el asunto mas interesante para ella misma, y porque el mundo en sí no es otra cosa en el fondo, sino una inmensa y continua narración de unos siglos á otros, la epopeya de los hombres, el poema de Dios.

Dos medios se nos ofrecen de presentar nuestra obra: consiste el uno en escribir la vida de esos grandes civilizadores, siguiendo el orden cronológico, pasando desde el primero al segundo, luego al tercero, etc. y así descendiendo paso á paso desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias. El otro medio es el de elegir accidentalmente ya en un siglo, ya en otro, hoy en las Indias, mañana en Egipto, ora en Atenas, ora en Roma, en Constantinopla, en Londres, en París, los hombres superiores en las diferentes épocas y familias para bosquejar su aspecto histórico á nuestros lectores.

El primero de estos medios parece sin disputa el mas natural é instructivo, y este seria indudablemente el que hubiéramos preferido si ofreciéramos un curso de historia en vez de escribir un libro especial. Pero la forma periódica que hemos adoptado tiene por principal condición de buen éxito, el interés. Sin interés no hay lectores, sin lectores no se propagan las luces. Todos temen el fastidio, pero principalmente aquellos que no tienen tiempo de fastidiarse. Ahora bien, para evitar el fastidio, para suscitar el interés, es preciso evitar su monotonía, procurando cierta variedad, cierta sorpresa, cierta escitación de curiosidad continua que solo puede obtenerse variando con frecuencia de aspecto en las narraciones y las cosas. Es preciso provocar en los lectores este placer, esta curiosidad, por medio de la movilidad de la escena; es preciso trasportarles, para que no se adormezcan, de un siglo á otro, de este á aquel país, de un sabio á un conquistador, de un guerrero á un legislador, de un poeta á un filósofo, de un rey á un artista, de un fundador de religión á un inventor mecánico. Así lo hizo Plutarco, ese pintor de costumbres, Van-Dyck de la antigüedad. En eso consiste el atractivo de su obra, pero tambien allí está su imperfección; hizo retratos y no cuadros: ningún lazo une entre sí á sus figuras; todo es grande, mas aislado: enseña el hombre sin llegar á la historia. Este, pues, es el inconveniente que

queremos evitar; queremos que nuestros personajes, diseminados al parecer, y presentados uno á uno sin orden de fechas, se agrupen despues por sí propios al fin de la obra, de manera que lleguen á formar no solo retratos sino cuadros completos. Para esto indicaremos, citando los siglos, el lugar en donde el lector deberá colocar la narración particular en la general, cuando reuna los números suficientes para formar un tomo.

Gracias á este método, el hombre laborioso podrá adquirir el conocimiento de todo lo que le interesa de los pasados tiempos; los grandes hombres y los grandes sucesos, las grandes tinieblas y los grandes resplandores, las grandes perversidades y las grandes perfecciones morales de su especie: el conjunto se presentará suficientemente claro ante sus ojos á través de los pensamientos y los actos de aquellas individualidades principales y culminantes, á quienes va á pasar revista.

Para ofrecer este espectáculo del género humano en acción al pueblo literato, no es necesario, como se supone, evocar una multitud de hombres y personajes históricos de las catacumbas de las bibliotecas. No: el género humano es vasto, pero no infinito. Cien actores principales ó lo mas bastan, en manos del historiador, para representar ese drama, variado á veces, con frecuencia uniforme, de las vicisitudes humanas: todo consiste en la buena elección de los personajes.

Dos son los modos de elegirlos; uno por la elevación é importancia de su cargo convencional en el mundo, por la grandeza de su alcurnia, por el brillo de su trono, por la inmensidad de su imperio, por el orgullo de sus títulos, por el número de sus súbditos y de sus ejércitos: el otro, á la inversa, por su esplendor natural, por la estension de sus ideas, por su influencia sobre el espíritu humano, por la grandeza personal de su cargo, por la santidad de su misión en la tierra, por sus trabajos, por sus persecuciones, por sus suplicios algunas veces, premio de las verdades que enseña al mundo; pero sobre todo se les debe elegir por el interés épico ó dramático de su vida. De este modo, cuanto mas desconocido uno de esos grandes personajes del drama humano, es tanto mas desgraciado, tanto mas víctima, hay mas vicisitudes, mas lágrimas y mas sangre en su historia; se halla mas interés, amor, pasión y culto hácia él en el sentimiento de la posteridad, en cuya imaginación se graba mas profundamente. Bajo este punto de vista del corazón humano, *Sócrates es mas histórico que Alejandro, Cristóbal Colon que Carlos V, y el Tasso que los Médicis ó Francisco I.*

Estos son los caracteres que hemos buscado en nuestros personajes históricos. La situación de los hombres es una de las condiciones ordinarias de su acción sobre sus semejantes: la gerarquía es la predestinación de la gloria. Al encontrar el valor personal en so-

beranos ó en legisladores coronados, les hemos colocado en el primer término de la historia; pero cuando en las condiciones humildes de la vida hemos descubierto hombres superiores por sí mismos, descubridores, filósofos, poetas, oradores, historiadores, artistas, artesanos, mártires, víctimas de una fé útil al mundo, de ordinario descuidados ó colocados en el último lugar por los repartidores de fama y de renombre, nosotros hemos restituido á esas grandezas naturales, el rango y la consideración que les corresponde entre los maestros y modelos de su especie. La historia, á nuestro parecer, es como el *Juicio final* de Miguel Angel: ante ella comparece el hombre, como ante Dios, desnudo de toda condición humana.

Lo repelimos de nuevo, un corto número de personajes bien elegidos, basta para presentar á la vista y á la imaginación de las masas todos los tiempos conocidos. De este modo podreis adquirir una idea bastante exacta de los personajes históricos confusos y diversos que vamos á ofrecer accidentalmente, y luego clasificar á cada uno por su fecha y categoría en el orden de los siglos, para volver á formar eslabon por eslabon la larga cadena de los tiempos y de las cosas.

MOISÉS.  
HOMERO.  
HERODOTO.  
CRISTÓBAL COLON.  
ALEJANDRO.  
SÓCRATES.  
PLATON.  
CICERON.  
CARLO MAGNO.  
ZOROASTRO.  
BOSSUET.  
SAN LUIS.  
CROMWELL.  
CONSTANTINO.  
ESCHYLES.  
PERICLES.  
PITÁGORAS.  
GUTENBERG.  
VIRGILIO.  
CONFUCIO.  
MAHOMA.  
HERNAN-CORTÉS.  
ANNIBAL.  
MOTEZUMA.  
LAS CASAS.  
EL GRANDE ANÓNIMO, autor de la *Imitación de Jesucristo*.  
JORNELLE.  
FIDIAS.  
HIPÓCRATES.  
FENELON.  
GODOFREDO DE BOUILLON.

ARISTÓTELES.  
FEDERICO II.  
PAPIN.  
MIRABEAU.  
MOZART.  
SEMIRAMIS.  
L'HÔPITAL.  
THUCYDIDES.  
DANTON.  
RUSTAM, *el héroe de las Indias*.  
PEDRO EL GRANDE.  
CIRO.  
EL DANTE.  
SÓFOCLES.  
CÉSAR.  
BACON.  
ARISTIDES.  
LUTERO.  
BAYARD.  
WASHINGTON.  
MARCO AURELIO.  
DEMÓSTENES.  
POMPEYO.  
NEWTON.  
DAVID.  
SALOMON.  
FUCION.  
DUGUESCLIN.  
TEMISTOCLES.  
NAPOLEON.  
SAN VICENTE DE PAUL.  
DESCARTES.  
RICHELIEU.  
RACINE.

WATT.  
LEONIDAS.  
SAN AGUSTIN.  
CARLOS V.  
MITRIDATES.  
MACHIAVELO.  
JERGES.  
AURENG ZEB.  
J. J. ROUSSEAU.  
DIOCLECIANO.  
LICURGO.  
ENRIQUE IV.  
MARIO.  
SYLLA.  
ORFEO.  
SESOSTRIS.  
CLEOPATRA.  
SCIPION.  
ALCIBIADES.  
TIMUR KAN.  
GENGIS KAN.  
LOS GRANDES MÉDICIS.  
FRANKLIN.  
ÁTILA.  
CARLOTA CORDAY.  
GALILEO.  
CAMOENS.  
GUILLERMO EL CONQUISTADOR.

MARIA STUARDO.  
BENVENUTO CELLINI.  
RAFAEL.  
MAD. ROLAND.  
MAD. DE STAEL.  
CATALINA II.  
SAFO.  
EPICTETO.  
VICTORIA COLONNA.  
GUILLERMO TELL.  
BYRON, *el poeta*.  
JACQUARD, *el maquinista*.  
GOETHE.  
BUFFON, *el naturalista*.  
CUVIER.  
CERVANTES.  
MOLIERE.  
GUSTAVO ADOLFO.  
CARLOS I.  
LUIS XVI.  
NELSON.  
LA ELOISA, *de Abelardo*.  
BERNARDO DE PALISSY, *el Alfarero*.  
JUANA DE ARCO.  
TACITO, *etc., etc., etc.*

Es casi indudable que despues de haber recorrido esos ciento ó á lo sumo ciento cincuenta nombres, personificación del alma y de la acción humana, despues de haber hojeado en su largo tiempo ese concilio de los siglos, el lector, por muy superficial que sea, habrá adquirido una idea aproximada de la historia universal, mas estensa y verdadera que despues de haber leído las lánguidas y yertas páginas de un compendio.

Por este método la historia en vez de estudio viene á ser una conversacion, deja de ser una ciencia y se convierte en un drama continuo.

Luego que el pueblo haya recorrido y resumido con nosotros todos esos hombres, se halla mas dispuesto á comprender, á engrandecer, á ennoblecer y á civilizar su país. Las nuevas fases del mundo moderno, destruyendo la esclavitud y dando á las masas mayores participaciones en sus propios destinos, hacen de la moralidad y de la instrucción dos condiciones necesarias á la libertad. Estas dos dichosas condiciones de nuestra época imponen á los filósofos y á los escritores que tienen en sus manos el espejo de la verdad, el deber de hacer reflejar sus luces sobre el pueblo. Conocemos las dificultades de esta empresa: el pueblo y los escritores no han hablado hasta aquí el mismo lenguaje, y á estos corresponde transformarse é inclinarse para poner la verdad en manos de aquel. Inclinarse de este modo no es rebajar el genio, es humanizarle. *«Quien le humaniza le diviniza.»* Confesamos nuestra



insuficiencia, pero nos esforzaremos en elevar el estilo de nuestras narraciones hasta la sencillez; esa obra maestra, esa lengua universal que renueva entre el rico y el pobre, entre el sabio y el ignorante, entre el hombre reflexivo y el joven frívolo, el milagro simbólico de los primeros mensajeros del Evangelio, que no hablaban sino un solo idioma para ser comprendidos por los discípulos de todas las naciones. *Tomad y leed*, diremos nosotros, como el hijo del relojero, á las familias de las clases menos instruidas. He ahí la historia sacada de los empolvados estantes de las bibliotecas, despojada de su púrpura y de su pompa, y hablando la lengua familiar en claras y sóbrias narraciones, con vuestras mugeres y vuestros hijos.

Mas qué necesidad tienen ciertas clases, podrá decirsenos, de saber la historia elemental, de conocer los cambios de la fortuna, las catástrofes de los imperios y el curso de las cosas humanas, para labrar sus maderas, conducir sus barquillas, podar sus vides ó hilar sus cáñamos?

Sin duda que el pueblo no necesita conocer la historia para ejercer cualquiera de estos oficios, ni tampoco para atender á su subsistencia, pero sí para pensar; y el pensamiento siendo el hombre mismo, si se quiere que el pueblo se componga de hombres y no de máquinas humanas, preciso es darle los elementos de la reflexión. La historia es quizá el mas sano y mas moralizador de estos elementos, porque desarrolla en el pueblo una de las cosas que mas le faltan: la conciencia. Presenta visible á la Providencia en el premio y en la espacion infalible del bien y del mal; si está comentada por un espíritu recto y religioso, un curso de historia es una leccion de justicia y un verdadero curso de conciencia para las naciones.

Pero esto no es solo una leccion de justicia y un curso de conciencia popular, es un curso de entusiasmo por lo bello. Este entusiasmo por la sana moral es uno de los instintos mas adherentes de la virtud que Dios ha concedido al hombre. Es la aspiracion involuntaria y apasionada del alma hácia el colmo de la perfeccion en todas las cosas; es el *sursum corda* del género humano que hace elevar los corazones de admiracion en admiracion hasta Dios, origen y fin de toda belleza. Esta facultad, como todas las demas, no se fortifica en los individuos y en las masas sino ejerciéndola. ¡Qué ejercicio mas sublime de este entusiasmo que la historial! Se ha dicho con razon que el

centro en que vivimos, física y moralmente hablando, modifica al cabo de cierto tiempo nuestro temperamento y nuestra alma; por lo tanto, si dejais vivir á un pueblo en sociedad habitual y esclusiva con una filosofia trivial y con poco nobles instintos, ¿qué podreis esperar de vuestras generaciones? Se sucederán como generaciones viciosas con la estupidez en la frente, la incredulidad en el corazon, el sarcasmo en los labios y la imaginacion impregnada de leyendas infames; teniendo por justicia el resultado de las cosas, ignorando el uso prudente de la libertad que el Eterno les concediera, y avergonzándose de sí mismos, de su nacion y de su siglo.

Pero si las educáis por medio de la historia bien elegida y bien aplicada, en la contemplacion de las grandes obras de la Providencia, en los conocimientos de los importantes destinos del hombre en la sociedad sobre la tierra, en la comprension de las leyes religiosas ó civiles que gobiernan el mundo perfeccionándole, y si las poneis en relacion habitual por medio de vuestros escritos con esos grandes hombres, con esos hombres virtuosos, esos genios superiores, esos héroes, esos mártires, esos sábios, esos filósofos, esos poetas, esos artistas, que en su vida ó en sus obras han derramado su sangre, su sudor, su alma, su amor, su patriotismo, sus inspiraciones y sus palabras en ese foco comun de grandeza, de desinterés, de abnegacion para con sus semejantes, de genio, de compasion, de generosidad, que constituye la gloria y título de la especie humana; si imprimis de este modo á vuestro pueblo la santa religion del entusiasmo, por el nombre, el pensamiento, las acciones, los esfuerzos, los infortunios, y hasta por la muerte de estos tipos de la humanidad, no dudeis que habreis inculcado á un mismo tiempo en vuestros hijos la emulacion de reunir lo que ellos admiran, y que este entusiasmo que no parece á primera vista mas que la llama de la imaginacion, descenderá hasta el alma, constituyendo en ella muy en breve un manantial de moralidad nacional. El hombre es imitador, porque es susceptible de perfeccion; lo que le faltan son lecciones, lo que necesita son modelos que copiar. Tomad estos en la historia y mantenedlos siempre á la vista de vuestros hijos: ellos llegarán á formar pueblo, y este pueblo os honrará sobrepujándoos: trasmirá vuestro nombre á la posteridad, y vuestro tributo de civilizacion al *Supremo Civilizador!*

## BIOGRAFIA DE HOMERO.

### I.

Una de las facultades mas naturales y mas universales del hombre, es la de reproducir en sí por la imaginacion y el pensamiento, y fuera de sí por el arte y la palabra, el universo material y el universo moral en cuyo seno ha sido colocado por la Providencia. El hombre es el espejo reflexivo de la naturaleza. Todo se renueva, todo se anima, todo renace en él por medio de la poesia. Es una segunda creacion que Dios ha permitido inventar al hombre reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra; un *verbo* inferior, pero verdadero, que crece solo con los elementos, con las imágenes y con los recuerdos, cosa que la naturaleza ha creado antes que él: juego infantil, pero divino, de nuestra alma con las impresiones que este recibe de la naturaleza: juego por el cual formamos á cada instante esa figura pasajera del mundo exterior y del mundo interior, que se pinta, que se borra y se renueva sin cesar ante nosotros. He aquí porque la palabra *poesia* quiere decir *creacion*.

La memoria es el primer elemento de esta creacion, porque ella nos recuerda las cosas pasadas que han desaparecido de nuestra alma; así las *Musas*, esos símbolos de la inspiracion, fueron llamadas en la antigüedad las *hijas de la memoria*.

El segundo es la imaginacion que da colorido á las cosas y las vivifica.

El sentimiento es el tercero, porque á la simple vista ó por el recuerdo de estas cosas acaecidas ó bosquejadas de nuevo en nuestra alma, aquella sensibilidad hace volver á sentir al hombre impresiones físicas y morales casi tan internas y tan penetrantes, como serian las impresiones de esas mismas cosas si se hallasen presentes en realidad ante nuestros ojos.

El criterio es el cuarto, porque es el solo que nos enseña el órden, la proporcion, la relacion, la justa armonía con que debemos combinar y coordinar entre sí esos recuerdos, esas fantasmas, esos dramas, esos sentimientos imaginarios ó históricos, para conformarlos del mejor modo posible con la realidad, con la naturaleza, con la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demas una impresion tan completa como si el arte fuera verdad.

El quinto elemento necesario de esta creacion, ó de esta *poesia*, es el don de espresar por la palabra lo que vemos y sentimos en nosotros mismos, de reproducir en lo exterior lo que nos pasa interiormente, de pintar con palabras el color, la impresion, el movimiento, la palpitacion, el gozo ó el dolor que experimentan las fibras de nuestro propio corazon á la vista de los objetos que nos imaginamos. Para esto son necesarias dos cosas: la primera, que los idiomas tengan ya la riqueza suficiente, y mucha fuerza de espresion, para que el vate no carezca de colores en su paleta; la segunda, que el poeta mismo sea un instrumento humano de sensaciones, muy impresionable, muy sensible y muy completo; que no falte ninguna fibra humana á su mente ó á su corazon; que sea una verdadera lira cuyas cuerdas vibren unisonas; una escala tan estensa como la naturaleza á fin de que en ella encuentren lo grave ó lo frívolo, el dolor ó la alegría, lo sentimental ó lo indiferente, la nota que le corresponda. Se necesita mas aun; es preciso que las notas de esta escala humana vibren en él muy sonoras para que puedan comunicar su vibracion á los demas; es necesario que esa vibracion interior haga asomar á sus labios espresiones fuertes, pintorescas, que se graben en la imaginacion por la energia misma de su acento. La fuerza sola de la impresion es la que crea en nosotros la palabra, porque la palabra no es otra cosa sino el rechazo del pensamiento. Si el pensamiento hiere con mucha fuerza, la palabra es fuerte; si hiere con suavidad es suave; si hiere débilmente es débil. Segun es la pulsacion así es la palabra; ¡he ahí la naturaleza!

Por último, el sexto elemento necesario á esta creacion interior y exterior que se llama poesia, es el sentimiento musical, es el oido de los grandes poetas, porque la poesia canta en vez de hablar, y todo canto necesita de música para leerle y para que resuene mejor y mas voluptuoso en nuestros sentidos y en nuestra alma. Ahora si me preguntais, por qué el canto es una condiccion del lenguaje poético, os responderé: porque la palabra cantada es mas bella que la palabra simplemente narrada. Pero si quereis profundizar aun mas y me preguntais, por qué la palabra cantada es mas bella que la palabra narrada, os responderé que lo ignoro, y que deberis preguntarlo á el que ha formado los sentidos y el oido del hombre mas voluptuosamente impresionad